UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA
"SANTA MARÍA DE LOS BUENOS AIRES"

DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIÓN INSTITUCIONAL
OBSERVATORIO DE LA DEUDA SOCIAL ARGENTINA

LOS DESIGUALES LOGROS Y LAS POTENCIALES PROMESAS DEL "SER JOVEN" [1]

Agustín Salvia
Betsabé Policastro

[1] Documento elaborado a pedido del equipo de Pastoral de Juventud de la Iglesia Católica Argentina.

INTRODUCCIÓN

Los jóvenes constituyen una de las poblaciones más afectadas por los cambios en el sistema económico y social ocurridos en las sociedades industriales durante las últimas décadas (OIT, 2004). Pero esta particular condición de riesgo de los jóvenes frente a los cambios tecnológicos, económicos y culturales que genera el proceso de globalización, lejos de no afectar, tiende a agravarse en sociedades que al mismo tiempo están afectadas por el subdesarrollo, la dependencia financiera y altos índices de pobreza y exclusión, tal como es la situación del conjunto de América Latina (CEPAL, 1997, 2004; OIT, 1999). En efecto, la situación de riesgo de los jóvenes que residen en el mundo del subdesarrollo se potencia dado que se ve simultáneamente sometida a un doble impacto de exclusión. Por un lado, como efecto de la escasez de recursos, consecuencia de la debilidad o insuficiencia del desarrollo económico; por otra parte, como resultado de las políticas de reformas y las transformaciones profundas en las relaciones sociales en el marco de los procesos de globalización que ocurren a escala internacional.

Un conjunto de factores parece haber distribuido de manera desigual oportunidades, trayectorias y transiciones de vida sobre las nuevas generaciones de jóvenes, poniendo en escena la existencia de *diferentes juventudes* o *modos de ser joven*. Al respecto, cabe poner en correspondencia con esto el hecho de que la mayoría de los jóvenes habitan en hogares pobres, sufriendo efectos de desplazamiento y segregación frente a un conjunto de exigencias cada vez más globalizadas y complejas de socialización, educación y empleo. Esta segmentación de la estructura de oportunidades lleva a conformar diferentes tipos de trayectorias y transiciones sociales en materia de juventud; lo cual implicará condiciones de existencia social adulta más polarizadas y fragmentadas.

Para realizar un análisis pormenorizado de esta realidad juvenil, el presente trabajo recopila datos recogidos por el Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda del 2001 y por la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) del 1º semestre del 2004, ambas realizadas por el INDEC. Esta información permite conocer la situación de gran cantidad de jóvenes de la Argentina. Con el censo se accede a la situación de la totalidad de los jóvenes que residen en territorio argentino y con la EPH se conoce las distintas realidades, especialmente la laboral, de los jóvenes que viven en zonas urbanas.

Además se incluyen datos provenientes de la 1º Encuesta sobre la Deuda Social Argentina (1º EDSA) realizada por el Barómetro de la Deuda Social Argentina (IPIS-UCA) durante junio del 2004. Esta encuesta permite observar las diferencias por segmentos sociales. En este caso se estudia a los grupos socio-económicamente vulnerables y se toma un grupo de control perteneciente al estrato medio de la sociedad.

Adicionalmente, para estudiar la situación de las adolescentes en relación a la maternidad se consultó la Encuesta sobre Condiciones de Vida realizada por el SIEMPRO en el 2001.

A partir de la recopilación de estos datos se intenta dar una visión más integral de la situación económica y social que afecta a los jóvenes argentinos que habitan en áreas urbanas, y también, una manera de acercamiento a sus opiniones y su participación social. Nos preguntamos en qué medida en la Argentina de hoy los jóvenes tienen plenas e igualitarias posibilidades de realizarse como personas y, en qué medida ello no depende de la voluntad sino de la posición social del hogar y del contexto social, político y económico que rodea la vida de los jóvenes. Es decir, que los muy probables fracasos de

inclusión que sufran los jóvenes actuales en su vida adulta, lejos de depender de ellos y de lo que ocurra en su contexto social futuro, habrá de obedecer fundamentalmente de las condiciones de vida y oportunidades de inclusión que ofrecen el contexto familiar, educativo, económico y socio-comunitario en su actual presente.

SER JOVEN EN LA ARGENTINA ACTUAL

La Argentina fue durante varias décadas una sociedad promisoria en cuanto a procurar oportunidades de inclusión económica y social, constituyendo en la educación de los jóvenes un valor reconocido y una apuesta comprometida con un futuro de mayor bienestar y progreso general. Los niveles de calificación y las condiciones de trabajo a las que podían acceder las nuevas generaciones –cada vez más educadas y más integradas al trabajo- constituían los principales factores asociados a este prometedor desarrollo histórico.

Pero todo ello ha pasado a ser historia. En la actualidad, si bien los jóvenes argentinos disponen en general de mucha más información y años de escolaridad a la que podían acceder sus padres, dicho capital educativo parece no ser suficiente para acceder a la estructura de oportunidades.

Las tendencias del empleo juvenil pueden muy bien ser resumidas en términos de la siguiente paradoja: a pesar de que hubo un aumento significativo en el nivel educativo de los jóvenes en los últimos veinte años, las oportunidades de empleo no aumentaron y la calidad del empleo se deterioraron. En esta línea de análisis, consideramos importante avanzar sobre nuevas conjeturas respecto de la relación educación y trabajo y los factores asociados a los nuevos modos de integración social de los jóvenes a partir de los cambios estructurales ocurridos durante la última década en la Argentina.

Por sobre la explicación fundada en el déficit de "capital humano" como principal factor explicativo de las bajas oportunidades de inclusión social de los jóvenes, cabe destacar el predominio de factores de contexto, tales como la situación de bienestar económico general, el marco político-institucional de vigencia de instituciones democráticas y las condiciones sociales de origen (en términos patrimoniales y de recursos familiares). Ahora bien, esto no supone pensar que el es "el capital social" el factor que habrá de explicar y posibilitar un cambio de rumbo. Muy lejos ellos, si bien un mayor capital social puede hacer fácil la subsistencia y mejorar el bienestar de sus participantes, su utilidad se fundamenta y requiere de una distribución desigual y privilegiada de recursos y oportunidades a nivel general. No se trata de un "derecho universal" sino de un logro parcial que requiere de acuerdos particulares y de condiciones desiguales (sólo es posible realizar cierto capital social sí, al mismo tiempo, al menos otro colectivo ubicado en el mismo espacio social se vea impedido de acceder a ese mismo beneficio por otros medios).

Ahora bien, ¿por qué hablar de los jóvenes, cuando la problemática social no es exclusiva de la condición juvenil? La literatura que estudia la inserción de los jóvenes en la vida económica reconoce que la "condición juvenil" permite predicar sobre cuál habrá de ser al menos el techo del desarrollo económico y social de una sociedad. Es decir, cualquier déficit en el nivel de integración y de formación de capacidades presentes en los jóvenes impone límites insalvables al sendero de desarrollo futuro de un país. Por otra parte, la

extensión y gravedad que presenta actualmente el problema ocupacional de los jóvenes en los países de la región –y, en particular, en nuestro país- exige hacer de este problema un tema ineludible de la agenda pública; algo que todavía parece estar lejos de ocurrir. Por último, la temática representa –junto con el valor de su especificidad- un campo privilegiado para la observación de las condiciones y consecuencias que acompañaron al programa de reformas estructurales en la Argentina durante la década del noventa, en particular, las reformas institucionales en el campo educativo y en materia de política laboral y de empleo.

Está ampliamente reconocido que tales cambios estructurales -junto al nuevo panorama global- generaron una reconfiguración de las relaciones económicas, y, con ello, de los tradicionales caminos de integración social y de inclusión social de los distintos sectores sociales. ¿En qué medida los jóvenes formaron parte como víctimas de este proceso?

Con relación a este último aspecto, cabe observar que los jóvenes que transitaron por la década del noventa siendo jóvenes (teniendo al menos 15 años y menos de 30 años) no constituyeron un sólo y mismo grupo poblacional. Al menos, se trató de dos cohortes históricas diferentes que se encontraron en una etapa de cambios estructurales y fracasos políticos. Por una parte, los jóvenes nacidos antes de 1976, los cuales conocieron durante su niñez el intento sistemático y autoritario de destruir las bases del modelo industrialista corporativo que caracterizó a la Argentina de mediados del siglo XX. Esta población ingresó a su temprana juventud en plena recuperación democrática y debió vivir su fracaso y la decepción frente a la política. Por otra parte, los jóvenes nacidos después de 1976, para los cuales su temprana transición estuvo atravesada por la apertura a nuevas tendencias culturales, el agotamiento del modelo industrial de desarrollo -al cual se le imputó todos los males del país-, y por la creciente exigencia social a desarmar sus viejas estructuras en el marco de ideales individualistas.

Casi sin distinción, ambas juventudes debieron transitar durante los años noventa un proceso radical de apertura económica, modificación de reglas institucionales y conformación de nuevos escenarios sociales y laborales. Durante este proceso, la escuela, la familia y el trabajo fueron perdiendo su tradicional centralidad en los procesos de socialización como fuentes de identidades únicas y para toda la vida. En si mismo, esto implicó alimentar una estructura heterogénea de expectativas, demandas e intereses al interior de estas generaciones de jóvenes. Esta situación, junto a las cambiantes condiciones económicas del contexto, fueron drenando en los sectores juveniles la confianza tradicional en la movilidad social ascendente lograda a través del tránsito primero por el sistema educativo y la posterior inserción laboral en un trabajo estable. En este sentido, no debe extrañar en las actuales generaciones de jóvenes la presencia de una fuerte ruptura con los ideales motores del progreso que detentaban sus progenitores.

SOBRE EL SIGNIFICADO DE SER JOVEN

A lo largo de la historia humana, la juventud ha sido reconocida como una etapa específica del ciclo vida de toda persona; pero los modos de construcción social y de reconocimiento cultural de esta especificidad han ido variando dependiendo del contexto de época. En este sentido, la literatura señala que la definición de la juventud como categoría social, es bastante reciente, en términos históricos. Es a lo largo del siglo XX que la categoría de

juventud, que había surgido en los sectores burgueses y con el advenimiento del capitalismo, comienza a tener relevancia como un sector social con particular identidad.

Si bien las reflexiones que siguen no surgen de un examen exhaustivo de la literatura teórica que aborda el significado de juventud, la mayor parte de los trabajos consultados que abordan la esta problemática –aunque desde diferentes áreas disciplinarias- se cuestionan el alcance del concepto mismo de juventud y dedican muchas líneas al tema. En estos desarrollo conceptuales se puede reconocer un relativo consenso en cuanto a evitar referirse a la juventud como un todo homogéneo, y, en todo caso, optar por reconocer diversas "juventudes". Al respecto, se afirma que la diferenciación social configura diferentes modos de ser joven, de construcción y reconocimiento de la condición de juventud. En tal sentido, cabría rescatar diversos procesos sociales que afectan especialmente a los jóvenes, pero en diferente forma y magnitud según la condición social de pertenencia, las relaciones de género y el mundo cultural de interacción.

Si bien el concepto de juventud adquiere contenido en un tiempo, espacio y contexto histórico, cultural y político particular, tiene también una base material que es la edad. Esta dimensión –la edad- nos habla de la pertenencia a una generación y a un contexto cultural. Al respecto, los especialistas señalan que la edad –como marco de referencia de los ciclos de vida- es un dato biológico socialmente manipulado y manipulable, lo cual pone en evidencia el peso simbólico que existe con relación a los valores socialmente construidos.

Existe en general consenso respecto de que el concepto de juventud es una construcción social, siendo la discusión principal las edades o límites de edades que comprende dicho estadio o ciclo de vida, en función de los roles y las normas de la sociedad contemporánea. Al respecto, los autores tienden a reconocer la existencia de una prolongación de esta etapa, por un lado, como consecuencia de los cambios socio-demográficos: la permanencia en el sistema educativo, la prolongación del tiempo de residencia en el hogar de origen, la postergación de la independencia y formación de la propia familia; por otro lado, se presentan fenómenos que hacen menos claras las diferencias entre el mundo juvenil y el adulto que se relaciona con el ejercicio de ciertos roles e identidades comunes.

Con respecto a este último aspecto, algunos estudios señalan que lo que distingue a los jóvenes de los adultos es su condición de preparación para la inclusión en el mundo ocupacional. Sin embargo, una de las características más estudiadas en los últimos tiempos es la heterogeneidad de las trayectorias juveniles en el tránsito de la escuela al trabajo. En efecto, estos estudios coinciden en destacar la heterogeneidad de la condición juvenil y en los procesos de incorporación a la vida adulta, diversidad que está fuertemente asociada a la pertenencia social de los jóvenes.

Durante décadas, la transición social de los jóvenes se canalizó a través de las instituciones educativas y productivas. En tiempos en donde la desocupación no representaba un fenómeno tan difundido y, por tanto, el paso de la educación al trabajo no era tan complejo. El tránsito a la adultez implicaba la salida del hogar de origen para asumir responsabilidades laborales y de reproducción familiar. Este modelo de inserción entre la educación y el trabajo o entre el mundo familiar y el trabajo -según el sector social de origen- se va alterando en el marco de la crisis del empleo, para convertirse en una transición larga y compleja.

En este sentido, cabe poner en duda el concepto de "moratoria social" como forma predominante de considerar el ciclo vital de la juventud. Desde esta perspectiva la juventud se define como la condición de "preparación para" la asunción de roles adultos. Se entiende por moratoria al período de demora o pausa garantizado a alguien que no es aún capaz de asumir una obligación o ser forzado a ella, alguien que ha de concederse tiempo a sí mismo. De acuerdo con esto, la "moratoria" finalizaría con la incorporación al mundo del trabajo y la formación de una nueva familia, y la asunción de los derechos y responsabilidades sexuales, económicas, legales y sociales del adulto. Sin embargo, son muchos los indicadores que señalan que este recorrido, dada la profunda fragmentación en la estructura social, tiende a seguir canales hacia la vida adulta diversos y alejados de un estándar.

Los canales de transición a la vida adulta ya no trascurren en forma lineal desde el ámbito educativo al laboral como principal mecanismo de integración social. Lo cual significa que la condición juvenil se representa y se actúa de forma muy diferente según el estrato social de pertenencia o capital social que rodea al joven. En efecto, en la estructura poblacional de la Argentina actual, resulta posible reconocer al menos tres tipos de juventudes en términos de transición:

1) Los jóvenes de sectores pobres son los primeros que por necesidad y desmotivación abandonan sus estudios secundarios, pasan al desempleo o a un empleo precario, sin visualizar en ellos una trayectoria ocupacional ni mucho menos un futuro deseado. Muchas veces desalentados estos jóvenes – sin dejar de ocuparse en changas o actividades precarias-, se vinculan con más o menos frecuencia con el mercado de trabajo de las actividades extralegales. Esta actividad dista para ellos de ser un empleo. Es ante todo un modo de sobrevivencia, de identidad y de reconocimiento social.

2) Por otra parte, se encuentran también los jóvenes de sectores populares y medios que logran pasar por el corredor educativo hasta terminar la escuela media o, incluso, inician estudios técnicos o terciarios. Ellos se saben portadores de credenciales muy devaluadas debido a la gran competencia que genera el desempleo masivo –tanto entre jóvenes como con adultos-. Sin embargo, no pierden la esperanza de conseguir un empleo digno a partir del cual hacer una carrera profesional. Para ello, movilizan sus redes personales y familiares; procuran medios formales e informales de acceso a un empleo. A pesar de ello, en su mayoría se ven obligados a aceptar el empleo de muy mala calidad que obtienen en el mercado. Pasan de ahí a un proceso de alta inestabilidad y movilidad laboral, descreen del valor del trabajo y descalifican cada vez más su propia educación y capacidad. Sienten el estigma y la frustración. En general, las jóvenes mujeres de estos sectores logran mejores inserciones laborales en comparación con los varones, y esto ya sea a que continúan estudiando, consiguen un empleo más estable, o se unen en matrimonio con jóvenes de mayor capital social o mejor realizados en términos laborales.

3) En la otra punta de este escenario, una minoría de jóvenes acceden a una trayectoria educativa profesional, integrada a los códigos de la globalización, abierta a los nuevos mercados laborales y constitutiva de la llamada sociedad del conocimiento. Estos jóvenes extienden sus estudios lo más posible, así como la unión matrimonial; mientras tanto, no trabajan y si lo hacen buscan con ello cubrir necesidades personales o perfeccionar su capital educativo. Cuando egresan logran generalmente una más

rápida inserción, casi siempre en el mercado laboral moderno y formal; y si no lo logran prueban empleos transitorios o en el sector público hasta tener mejor suerte, o –como ha ocurrido en los últimos años- encuentran en la emigración una alternativa de movilidad social.

LOS JÓVENES EN LA ARGENTINA DE HOY

AFECTACIÓN EN EL NIVEL DE VIDA

– El 20% de la población de nuestro país tiene entre 15 y 25 años, es decir, más 7 millones de personas se encuentran en edades jóvenes (según datos del Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda realizado en el 2001 por el INDEC). De ellos, al menos 2 millones tienen entre 15 y 18 años. Si sumamos a esta cifra los jóvenes adultos de entre 26 y 29 años, se estima en 9 millones el total de jóvenes que habitan nuestro país (25% del total poblacional).

– Del total de la población afectada por la pobreza económica, casi un cuarto de la misma posee entre 18 y 25 años. En el total de la población joven, 5 de cada 10 jóvenes (48%) residen en hogares cuyos ingresos están por debajo de la línea de pobreza y 2 de cada 10 (18%) en hogares indigentes, es decir, donde los ingresos no alcanzan para cubrir las necesidades mínimas de subsistencia. De esta manera, es evidente la particular vulnerabilidad que experimenta la población joven en el actual contexto socio-económico.

– Por otra parte, del total de la población que asisten a establecimientos de educación formal, el 32% tiene entre 15 y 29 años. La tasa de asistencia entre los adolescentes de 15 a 17 años es elevada pero no alcanza todavía a cubrir al total de la población. En efecto, hay 2 de cada 10 (21%) adolescentes que no asiste a la escuela secundaria. Este déficit es todavía mayor en los sectores pobres (35%).

– Entre aquellos jóvenes que tienen entre 18 y 25 años, la tasa de asistencia es del 39%. Pero a pesar de esta relativamente alta tasa de inclusión universitaria o terciaria, al mismo tiempo el 41% de los jóvenes de esa edad no inició o abandonó la escuela secundaria sin terminarla. Esta situación, por supuesto, afecta fundamentalmente y con mayor intensidad a la población más pobre.

– Del total de adolescentes de 15 a 17 años, el 3% son madres. Los datos permiten observar que a medida que se desciende en la escala social a la que pertenecen esas adolescentes es mayor la probabilidad de ser madre (5 de cada 100 en los sectores más pobres). De ellas, el 90% son madres solteras. Entre la población de 18 y 25 años, la responsabilidad familiar alcanza al menos a 1 de cada 10 jóvenes.

– Una de cada tres personas que son víctimas de un delito son jóvenes. En tal sentido, 15 de cada 100 jóvenes han sido víctimas, especialmente los jóvenes de los estratos más bajos de la sociedad (22 de cada 100), mientras que esto ocurre con mucha menos frecuencia en los estratos medios, donde sólo 8 de cada 100 jóvenes padecen hechos delictivos.

– Un cuarto de los jóvenes se sienten discriminados, y una de cada cuatro personas que se sienten discriminados son jóvenes. En general, son igualmente discriminados –aunque por diferentes motivos- tanto los jóvenes de los estratos muy bajos de la sociedad como aquellos del estratos medios.

DÉFICIT EN EL MUNDO LABORAL

– La tasa de actividad a nivel nacional es de 45,4%. En los jóvenes la tasa de actividad actual desciende al 20,1%. De esta manera, un total de 2.149.260 jóvenes de entre 18 a 25 años participan de la vida económica. De ellos, el 55% son varones y el 45% son mujeres.

– Entre las personas económicamente activas, sólo 18% de jóvenes posee una ocupación plena, es decir, un empleo de calidad donde obtiene beneficios laborales. Entre los jóvenes de 18 a 25 años 1 de cada 3 posee empleos de calidad.

– De total de jóvenes con participación económica, el 29% está desocupado, es decir, más de 970.000 jóvenes. Al mismo tiempo, el 25% está sobreocupado y el 15,5% subocupado. Es decir que más del 70% (3 millones) de los jóvenes entre 18 y 25 años tienen problemas laborales.

– Al mismo tiempo, el 40% de los jóvenes ocupados desean trabajar más horas o quisieran cambiar de trabajo, siendo más de 630.000. Si a estos jóvenes les añadimos aquellos desocupados, el 70% de ellos tienen problemas de inserción laboral.

– La situación de vulnerabilidad de los jóvenes en el mundo trabajo queda también de manifiesto al observarse que 56% de los jóvenes asalariados se encuentran en negro, es decir, sin poder acceder a ningún beneficio social. Al mismo tiempo tenemos que entre los jóvenes ocupados, el 39% posee empleos con nula calificación.

CONFIANZA Y PARTICIPACIÓN EN LAS INSTITUCIONES

– La población en general desconfía de la justicia, pero entre los jóvenes de 18 y 29 años esta desconfianza alcanza al 93%. Al mismo tiempo, el 87% no confía en el gobierno. Esta falta de confianza se observa tanto entre los jóvenes de los sectores medios como entre los sectores pobres.

– Por el contrario, la confianza de la población en instituciones de caridad como Caritas es mayor. En el caso de los jóvenes de hasta 29 años la declaración de confianza alcanza al 50% de los mismos. La incidencia de los jóvenes que confían en ellas es mayor en los sectores medios (63%) que en los bajos (50%).

– Pero la confianza en la institución Iglesia no un rasgo dominante entre los jóvenes. Sólo para el 35% de los jóvenes de 18 a 29 años esta institución resulta confiable. En general, la confianza es mayor entre los sectores populares (42%) que entre los jóvenes de los sectores medios altos (25%). Si comparamos con las personas de 30 años o más, la mitad de los adultos confía en la Iglesia y la diferencia entre estratos sociales es poco significativa.

– Entre los jóvenes, 8 de cada 100 participan de manera activa en instituciones religiosas, observándose proporciones similares en todos los estratos socio-económicos. La cantidad de personas mayores de 30 años que realizan este tipo de actividades religiosas tiende a ser mayor (11%).

– El 24% de los jóvenes dice creer en una tarea religiosa o política y estar dispuesto a actuar en favor de ellas. Entre los jóvenes de 18 a 29 años, los más comprometidos son aquellos que provienen de clases medias (33%) y en menor medida los jóvenes de clases

bajas (22%). A partir de estos datos se observa que la intencionalidad es mayor que la participación religiosa o política, esta situación estaría dando cuenta de un grupo de jóvenes con intención de inserción tanto pastoral como política.

– Pero este compromiso que presenta los jóvenes frente a una causa está marcadamente alejado de la política. Casi ningún joven entre 18 y 29 años participa en instituciones de este tipo. Este dato es altamente significativo. En el mismo sentido observamos que casi la totalidad (98%) de los jóvenes no confían en los partidos políticos. Esta desconfianza es independiente del estrato social al que pertenezcan los jóvenes.

SENTIDO DE LA VIDA, PROYECTOS Y ESPIRITUALIDAD

– Una actitud asociada a la "fatalidad social" domina buena parte de sentido de representación de los jóvenes. Sólo 3 de cada 10 jóvenes (28%) no creen en la veracidad de la frase: "nada puede hacerse, siempre habrá injusticia y violencia en el mundo". La oposición a este creencia tiende a ser menor en los jóvenes de los sectores sociales más pobres (22%).

– Sin embargo, la autoculpabilidad no es una actitud generalizada entre los jóvenes. Al respecto, 4 de cada 10 jóvenes (42%) no consideran cierto que "las desgracias se deben a los propios errores cometidos", reconociendo la existencia de factores externos que afectan su vida más allá de su voluntad. Esta proporción es menor a medida que se asciende en la escala social.

– Por otra parte, el 66% de los jóvenes afirma "tener proyectos de vida a largo plazo". Sin embargo, a igual que en otros indicadores, esto no tiene igual impacto en los diferentes sectores sociales. Disponer de un proyecto de vida es un recurso del 87% de los jóvenes de clases medias, pero sólo del 62% de los jóvenes de sectores populares.

– El 57% de los menores de 29 años considera que "la espiritualidad lo ayuda a entender lo que busca de la vida". Por otra parte, el 61% de los jóvenes de 18 y 29 años coincide con el hecho de que "aún cuando tenga problemas puede encontrar paz espiritual dentro de sí". Esta situación la viven en menor medida los jóvenes que pertenecen a los estratos medios (56%) que aquellos que se encuentran en las capas socio-económicamente más marginadas (62%).

– El 29% de los jóvenes dice experimentar una profunda comunión con Dios, mientras que entre las personas de 30 y más años, el 52% dice experimentar este sentimiento. Este sentimiento tiende a ser mayor entre los jóvenes pertenecientes a los estratos más vulnerables de la sociedad (30%) que entre los sectores medios (24%). Estos datos dan cuenta de la falta de una espiritualidad basada en la figura de Dios-Padre en la vida cotidiana.

– Al mismo tiempo no es un dato menor que del 36% de las personas que afirman "no saber qué hacer con su vida" tengan entre 18 y 29 años. A pesar de su fuerza renovadora, un 27% de los jóvenes sufren esta situación, la cual es mayor en las clases populares (29%) que entre aquellos pertenecientes a los sectores medios (12%). Asimismo, el 4% considera que su propia vida no tiene sentido. La proporción de jóvenes es mucho más elevada entre las personas que opinan de esta manera en los sectores medios que entre aquellas pertenecientes a los estratos bajos.

CONSIDERACIONES FINALES

Estos datos permiten observar que en la realidad que viven los jóvenes argentinos se ha cristalizado la crisis socio-económica que padece la Argentina desde hace varias décadas y que se vio agravada desde el comienzo de este milenio.

En Argentina hay casi 10 millones de jóvenes entre 15 y 29 años, muchos de ellos se encuentran en situaciones de vulnerabilidad extrema dado que habitan en hogares pobres. Un 20% de los adolescentes entre 15 y 17 años no asiste a ningún establecimiento educativo. Entre las chicas de esta edad, 1 de cada 100 ya ha tenido un hijo. Un 15% de los menores de 29 años ha sido victima de un delito y un 25% se ha sentido discriminado.

Estos indicadores dan cuenta de que la dignidad humana de los jóvenes se halla vulnerada, tal como se señala en el Documento de Puebla, es necesario condenar "... todo menosprecio, reducción o atropello de las personas y de sus derechos inalienables, todo atentado contra la vida humana (...), toda violación o degradación de la convivencia entre los individuos" (318)

Los desiguales logros del "ser joven" se evidencian, fundamentalmente, en la cuestión laboral, convirtiendo a los jóvenes en un grupo social en riesgo a partir de su dificultad, e incluso imposibilidad, de inserción en el mercado laboral. Esta situación es especialmente problemática porque tal como señalaran los obispos argentinos en Mar Adentro, "mientras la desocupación no se revierta, la pobreza seguirá creciendo y se profundizarán todavía más sus consecuencias trágicas: el colapso de los sistemas de seguridad, salud, educación y previsión social" (Mar Adentro, 35).

Sin embargo, hay que considerar que, tal como señala el documento de Puebla, "la juventud es una enorme fuerza renovadora" (1178). No son pocos los jóvenes que están demostrando que los *desiguales logros del ser joven* no los detiene en cuanto a su potencial capacidad de ser protagonistas del cambio social, económico y político.

Bibliografía

CELAM (1979): *Documento de Puebla: La evangelización en el presente y en el futuro de América latia*, III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.

CEPAL (1997): "Transmisión intergeneracional de las oportunidades de bienestar", en Panorama Social de América Latina 1997. CEPAL, Chile.

CEPAL (1998): "Incorporación de los jóvenes al mercado laboral: heterogeneidad y desequilibrios", en Panorama Social de América Latina 1997. CEPAL, Chile.

CEPAL (2004): La juventud en Iberoamérica. Tendencias y Urgencias. CEPAL, Santiago de Chile.

CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA (2003): *Navega mar adentro*, Oficina del Libro, Buenos Aires.

OIT (1999): Informe sobre el empleo en el mundo 1998-1999. Oficina Internacional del Trabajo-Ginebra.

OIT (2004): Tendencias Mundiales del Empleo Juvenil. Oficina Internacional del Trabajo-Ginebra.

OBSERVATORIO DE LA DEUDA SOCIAL (2004): *Barómetro de la Deuda Social Argentina, 2004 / 1: Las Grandes Desigualdades*, Departamento de Investigación Institucional, UCA, Buenos Aires.